

Mi amigo es más bien gordo, algo mofletudo, gordínflón y tiene vergüenza de ello; yo sé que está al salto de lo que los otros piensen de él y de su gordura. Y de su manera de hablar con la lengua algo trabada, que parece un poco corta o demasiado larga. Yo no sé decirlo, pero hay tipos que son como sus países. Y otros que existen para contrariarlos. Sus sombras. Los hay como futuros conquistadores a quienes su país espera y ellos andan excitándose anticipadamente. O como víctimas. No digamos que los países se parezcan entre sí. En cierta forma sí se parecen: tienen esa cuadrícula de calles asfaltadas y edificios donde techo y suelo se juntan. Vigilancia de semáforos, bandera nacional, bomberos voluntarios y costumbres exportables. Pero convengamos en lo otro: el rito de las diferencias.

Mi amigo es de estatura un algo mayor que la mediana y en su alma hay una extraña mixtura de destinos contrariados que solo en una especie de reconcentrada tristeza se ponen de acuerdo. Entonces se vuelve dulce, con una lucidez que corta pero no hiere.

No. No tiene maldad de hacer sangrar a nadie en esos raros momentos en que logra poner de acuerdo a sus diversos destinos.

Le va al cuerpo el mameluco azul y sabe manejar pinzas y destornilladores con mucha habilidad. Quizá cuando niño fabricara coches, trenes, linternas, en esos comienzos de futuros técnicos. Niño industrioso de algún pueblo, lo imagino. Sabe hacer cálculos mentales, de amperajes y voltios. Viajar sibilinamente en flujos de electrones. Mi amigo sabe hacer la luz. Y cambiar de onda conforme el vaivén de los trabajos. O por pasión súbita.

Cuando trabajamos en el taller, me gusta verlo funcionar y pongo empeño en sincronizar mis operaciones con las suyas. Intento mostrarle que sería un colaborador inteligente en otras obras porque también tengo experiencia de electricista. Cosa que, parece, le cuesta admitir. Tal vez para darse cuenta de golpe, de que no está pensando ni obrando solo. Se me ocurre. Aunque debo confesar que lo más lindo que sentí de él fue la curiosidad de sus ojos fisgando un libro que yo llevaba en la mano.

—¿Estás leyendo a Roa Bastos?

—Sí... —Y todo lo que hice fue, displicentemente, ponerle de cara su libro *Hijo de Hombre*. Entonces me dijo que años atrás lo llevaron al cine, pero que la película tuvo menor suerte que el libro.

—Ah, sí... —contesté, comiéndome la sorpresa de encontrarlo tan informado. Un poco hablador que soy no podía mordirme muchas curiosidades y eché adelante con preguntas y opiniones. Me enteré de que le gustaba más la poesía que la novela y, aún, que los mismos cuentos. Mi amigo hablaba por sí mismo.

En estos últimos días, a él debo mi consideración por la poesía como un arte mayor que otros. Y por eso, a Paco le llamo mi amigo, cuando antes era una persona más, un compañero, un transeúnte en el metro, un número en la serie del autobús que todos esperamos para viajar a la Argentina fantástica. Continuó él, hablador de cosas, de exiliado más antiguo: “como si una vez se saliera y ya nunca se dejara de estar saliendo del país de uno”.

Habíamos puesto la tubería para embutir cables y algunas cajas de interruptores. Quedaban bonitas las líneas negras rectamente tendidas sobre paredes blancas. Faltaban unas cajas y colgar los artefactos fluorescentes en el techo.

Al día siguiente fui temprano y coloqué las cajas. Luego, como Paco no llegaba, cuidadosamente comencé a colgar los artefactos que, en verdad, lucían como de mano perita. Cuando terminé ese trabajo cerré el portón del taller y fui a tomar el autobús rumbo a casa. Tenía una buena carta para jugar ante mi amigo: una tarea que se podía contar de oficial electricista.

Habría pasado una media tarde cuando llamó por teléfono.

—Hola, Paco —le dije—. Estuve trabajando a la mañana y como no venías...

—Sí, ya sé —se apresuró a decir. Fui a las tres y media.

—Ya. Coloqué las cajas y colgué, los artefactos.

—Sí, ya lo vi. Estuve mirando por un agujerito del portón.

Instantáneamente sentí su imagen, semiagachado, observando los artefactos fluorescentes y el techo. Y sentí un poco de enfado por mis sucesivos olvidos de hacer copia de llave. Luego me vino una vaga desazón de que nunca se me hubiera ocurrido mirar dentro del taller por algún agujerito del portón. ¿Los había? Quedamos en vernos dos días después para dar finales a la obra.

Hoy, de mañana, fui a buscar herramientas al taller. No recuerdo si el autobús iba con mucha gente, si llegó pronto o hizo varias paradas. Ni quién viajaba a mi lado. Iba leyendo un libro de cuentos. Leí dos. Pero también volé dando volteretas en los juegos de una fantasía suelta, casi rumorosa, que me proponían los escenarios de esas lecturas, adivinando las sensaciones de unos personajes que viven en lo imaginario. Al bajar camino del taller pensé en Paco. Tal vez fueron las ganas de caminar con él los

doscientos metros y nada más. Había sol luminoso de los cielos de Madrid abriéndome una bocacalle de infancia. Vi obreros en mameluco blanco y otros de azul al lado de un camión, conversando. Y mi sauce joven, bamboleante la sedosa cabellera, en una esquina. Cuando estoy un poco podrido, sintiendo el tedio del trabajo desde las piernas, salgo a mirarlo al fondo de la calle, tomarme revanchas de un mundo que transcurre entre horarios, carreras en el andén, cablerías, cálculos de gastos y deudas al acecho, embotellamientos de la pasión. Salgo y mi lámpara apagada vuelve a dar luz gracias al árbol.

Anduve por esas calles de tiendas abiertas y de pocos coches. Al pasar frente a la bodega que está a escasos metros del taller, no pensé en beberme la caña de costumbre. Fui derecho al taller. Mientras tanteaba las llaves en el bolso como un espía azorado, busqué algún agujerito en el portón. Exactamente en el medio había uno. Miré adentro. Estaba el coche por arreglar y los artefactos colgados en el techo, como yo los había dejado. Y desde el techo del baño, que es más bajo que el del taller, me miraba un búho. Redondo, enorme para el tamaño que suelen tener, con los ojos bien abiertos, brillantes como un vidrio.

Creo que yo también lo miré sin pensar en nada durante un largo rato. Y agité los brazos como si fueran alas.